



Moras, Sofía. "La distopía como camino hacia una nueva interacción".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2020, vol. 9, n° 19, pp. 56-63.

La distopía como camino hacia una nueva interacción

Dystopia as the way to a new form of interaction

Sofía Moras¹

Recibido: 16/04/2020
Aceptado: 05/06/2020
Publicado: 06/07/2020

Resumen

La trilogía de Claudia Aboaf, conformada por *Pichonas* (2014), *El Rey del Agua* (2016) y *El Ojo y la Flor* (2019), es parte de una serie de manifestaciones literarias distópicas que exhiben la crisis social, política y económica de la sociedad argentina a partir del terrorismo de Estado y de las consecuencias del modelo neoliberal. En un escenario fragmentado y futurista, a través del proceso interno de las protagonistas, la autora presenta un recorrido que parte del dolor, la violencia y la ausencia simbólica de los cuerpos, y se dirige hacia una nueva propuesta de singularidad, afectividad e interacción.

Palabras clave

Distopía; Delta; dictadura; interacción; utopía.

Abstract

Claudia Aboaf's trilogy, made up of *Pichonas* (2014), *El Rey del Agua* (2016) and *El Ojo y la Flor* (2019), is part of a series of dystopian literary manifestations that exhibit the social, political and economic crisis of Argentinian society since a time of state terrorism and as a consequence of the neoliberal model. In a fragmented and futuristic setting, through the internal process carried out by the protagonists, the author presents a journey that starts from pain, violence and the symbolic absence of bodies, and is directed towards a new proposal of singularity, affectivity and interaction.

Keywords

Dystopia; Delta; dictatorship; interaction; utopia.

¹ Sofía Moras es Licenciada en Letras por la Universidad del Salvador. Se desempeña como periodista, profesora e investigadora. Contacto: sofiamoras@live.com.



Manifestaciones literarias de una sociedad en conflicto

Dentro de un corpus creciente en la literatura argentina contemporánea de narraciones distópicas, se sitúa la trilogía de Claudia Aboaf que se funda en *Pichonas* (2014), se profundiza en *El Rey del Agua* (2016) y se define en *El Ojo y la Flor* (2019). La aparente imposibilidad de futuro, el derrumbe social, la barbarie y la civilización, así como la transformación sufrida por la sociedad a partir del terrorismo de Estado y las consecuencias del modelo neoliberal de la globalización son ejes en los que se enraíza la narrativa de esta escritora. Emplazadas en este escenario, las hermanas y protagonistas, Andrea y Juana, viven, sobreviven e intentan vincularse.

En el presente trabajo, se procurará reflexionar sobre la propuesta de Aboaf, en cuanto a la correspondencia entre la interioridad de los personajes y el entorno en el que crecen, se encuentran y desencuentran: se distorsionan los vínculos y se distorsiona el paisaje. En este contexto, por momentos en el plano de lo simbólico, los cuerpos se ausentan, incluso llegan a extraviarse por completo. La distancia entre los personajes es coherente con un mundo fragmentado, violento, abusivo, excesivamente individualista.

La diversidad de espacios con los que trabaja Aboaf (la casa, el suelo, el agua, la lancha, la isla, el continente, el barro o la ciudad) determinan, en gran medida, la imposibilidad o posibilidad de acercamiento entre las mujeres. También el tiempo, al atravesar cada terreno, opera de distintas formas: se estanca en la intimidad desconocida de la casa de Andrea, se eterniza en los camarines donde Juana pasa su infancia, tropieza con imágenes de la dictadura que “chupó” al padre de ambas y se acelera en un Tigre del futuro que, aunque inspirado en la utopía sarmientina, exhibe fragmentación, abuso de los recursos naturales y falsa identidad. Finalmente, en un escenario social regido por un individualismo atroz, la migración norte-sur de Andrea genera movimiento y suscita que ambas hermanas se reencuentren, pero desde un lugar distinto. Así, al menos en términos afectivos e íntimos, el tiempo, para ellas, vuelve a cero.

Horacio Convertini, quien también se sitúa dentro de este corpus de ficciones distópicas con su novela *Los que duermen en el polvo*, en el artículo “Distopías en el presente”, publicado por *Revista Ñ*, sostiene que estas manifestaciones literarias, situadas en un escenario futuro que hace referencia a la actualidad, abundan en la literatura argentina actual por la siguiente razón: “El ingreso al siglo XXI (el siglo del futuro) fue con una masacre, una crisis institucional y una porción grande de la población fuera de los muros invisibles del sistema” (s/p). A su vez, reflexiona sobre un “miedo mileranista” expresado en metáforas de la explotación salvaje de los recursos naturales y de la indefensión de aquellos que quedan al margen de la sociedad. Particularmente, en relación al *Rey del Agua*, el escritor postula:

Aboaf narra una Argentina árida, disgregada en municipios, uno de los cuales, Tigre, se convierte en potencia porque flota en el nuevo oro líquido que todos necesitan comprar. Tempe, su faraón desvariado, se anima a anular las noches y busca construir una mitología (un relato) que lo ponga a la altura de su riqueza (s/p).

Asimismo, un paso más allá de esta biopolítica alterada presente en *El rey del agua*, en la tercera novela, *El ojo y la flor*, la explotación del recurso ya fue consumada, el terreno devastado y la población fuera del sistema a la que se refiere Convertini, para Aboaf, tiene un nombre específico: “los pies de barro”.

En consonancia, Annelies Oeyen en su artículo “Ciudades posapocalípticas en la literatura prospectiva de la Argentina posdictatorial”, se refiere a espacios literarios que recurren a ciertos códigos de la ficción para reflejar determinados contextos del país:

(...) extrapolan ciertas realidades argentinas –como fracturas del tejido social después de la dictadura militar y el impacto de la globalización neoliberal en un país periférico– a espacios futuros que muestran objetos urbanos icónicos y reconocibles en un ambiente desintegrado y violento. (226)

En este sentido, Aboaf trabaja con imágenes que integran eventos y fenómenos sociales, y situados en un futuro indefinido, remiten a un pasado y un presente específico. Por ejemplo, en el *Rey del agua* se describe un sistema que permite obtener información biológica de la memoria y de las ramificaciones familiares: a través de nodos encontrados en las muestras de agua, se despliegan imágenes del pasado y se accede a múltiples pantallas del genoma, incluso a lo último que vio la persona antes de morir. En este caso, las trazas genéticas que se encuentran en el río y se descifran son las del padre desaparecido de las hermanas. A través de esta imagen, y de esta tecnología de avanzada, se haría referencia a los vuelos de la muerte como práctica de exterminio de las dictaduras militares de Argentina y Uruguay, empleada entre los años 1976 y 1983, para hacer desaparecer a los opositores políticos, tras haberlos detenido y torturado.

Por otra parte, como muestra de la desigualdad social, en esta misma novela, se podría aludir a los cementerios de agua “principales”, que son para los ricos y denotan la alcurnia de estos muertos, en contraste con modestos cajones desperdigados en los riachos del Delta para los pobres. Quizás aquí podríamos identificar un señalamiento de, en términos actuales, la disparidad que existe entre los cadáveres sepultados, por ejemplo, en el Cementerio de la Recoleta o en los Jardines de Paz de Zona Norte de la Provincia de Buenos Aires, respecto de las fosas comunes donde se entierran a los ciudadanos de estratos sociales bajos o a los muertos no identificados.

En la misma línea y con un enfoque que se adentra en el efecto que produce el escenario distópico en el interior de los personajes, se sitúa el artículo “Novelas anticipatorias del siglo XXI: una aproximación a un género que crece en la Argentina en crisis” de María Laura Pérez Gras, donde se analiza *El Rey del Agua*:

Los caminos de estas mujeres, transitados –sin convicciones– en la búsqueda de la propia identidad, se bifurcan también, por un lado, hacia el pasado, en el intento de la recuperación de la memoria de sus antepasados, por el otro, hacia el futuro, en la enajenación en un mundo cibernético que anticipa los conflictos identitarios de una sociedad vertiginosa. (100)

El vínculo en espejo con un mundo fragmentado

En la trilogía de Aboaf, la fragmentación del mundo y los vínculos quebrados se retroalimentan al punto de imposibilitar el retorno, al menos por el camino habitual. En *Pichonas*, la escritora prepara el terreno e instala lo siniestro; en un hogar inseguro, la confusión predomina ante la manipulación de los sentidos. Desde las primeras líneas de la novela, se hace referencia a lo pútrido: las hojas caídas del otoño alimentan el suelo húmedo. La ausencia amorosa caracteriza el matrimonio de Andrea y de Jorge, quienes duermen en la misma cama sin conocerse.

Sin embargo, esta falta de complicidad e intimidad no es inusual en la vida afectiva de esta mujer adulta; la trama intercala eventos de la infancia de ella y su hermana, quienes crecieron a contrarrollo: Juana acompaña a su madre Ciella al teatro y permanece quieta y sola en el camarín. La niña recibe visitas de un hombre del elenco que la viola en reiteradas ocasiones. Madre e hija llegan tarde a la casa y la niña recién concilia el sueño a la madrugada, mientras observa, sin tocar, los lunares de su hermana que duerme. Por su parte, Andrea acompaña al padre, profesor de universidad y militante, en la rutina diaria; Juana descansa y ella le mira su pelo largo.

Con esta cotidianidad y ante esta ausencia de raíces, las hermanas, que no se conocen, ni protegen, ni comparten, se vuelven rivales y no logran reconocerse en la adultez. Cada una imagina que la otra lleva una vida mejor. En espejo se delinean dos mundos externos. En la infancia, la casa está amenazada por el contexto social agitado de los años '70 y el padre corre peligro; Andrea adulta vive en Maschwitz, allí la autora crea un ambiente fantasmagórico, un pasado podrido, terrenos en penumbras donde se levantaron hogares sobre fosas que acumulaban aves muertas. Se trata de los residuos del Pigeon Club, donde el padre las llevaba a competencias ilegales para ver cómo los tiradores les disparaban a los pichones de paloma cuando salían volando.

Así, la posibilidad de un futuro próspero prácticamente se anula porque no hay un sustrato enriquecido que nutra y posibilite la integración. La socióloga Elizabeth Jelin en su libro *Pan y afectos* (2016) indaga en las complejidades y diversidades de las familias para evidenciar los procesos que permiten o no la democratización social, tanto en el interior de ellas como en su relación con contextos sociopolíticos más amplios. Desde este lugar, analiza los vínculos frágiles y limitados entre los distintos integrantes, luego individuos autónomos que, para lograr su bienestar, deberían integrarse en “redes sociales comunitarias, que contienen y canalizan la afectividad y en las que se vuelca la capacidad de solidaridad y responsabilidad hacia el otro, redes que confieren identidad y sentido” (220).

Si, de acuerdo a este análisis, la ficción de Aboaf trabaja espejando vínculos y entornos, cabría preguntarse ¿en qué tipo de mundo o paisajes se emplazarían Juana y Andrea?, ¿existe algún escenario para que se descubran la una a la otra en una red mayor que las contenga y las hermane? Como respuesta, podría postularse que dentro de las posibilidades estéticas, el mundo distópico resultaría representativo. Y en efecto, interrogarse: ¿es posible encontrar al otro en un contexto fragmentado? En este punto, puede sugerirse que, para la autora, la distopía es parte de un camino inevitable hacia una nueva propuesta de singularidad e interacción. Y en este sentido, señalar su costado disruptivo, ya que dentro de un escenario con estas características, estaría intercalando este sesgo positivo en la destrucción: la posibilidad de cimentar nuevas relaciones y nuevos vínculos.

Ya establecidas las tradiciones fundantes del hogar (el teatro y la política), en el pasaje de la primera a la segunda novela, el tiempo se acelera hacia el Tigre futurista de *El Rey del Agua*. Allí, el día es continuo, producto de enormes pantallas cristal y casinos siempre abiertos. Un gobernante narcisista, caracterizado desde la ridiculización, se enriquece gracias al uso y la exportación abusiva de recursos naturales que logra extraer gracias a la transformación tecnológica. Andrea escapó de Maschwitz aterrada por un episodio confuso con su marido, también expuso a Juana y rompió lo último que quedaba entre ellas. Aquella insistió en que esta la visitara, y allí ambas fueron víctimas de una situación tan extraña como angustiante perpetrada por Jorge y el jardinero, quien resultó ser el hombre que violaba a Juana en el camarín. Ahora Andrea vive en la casa refugio del Delta, donde solía ir con su padre en verano cuando era una niña y donde él se reunía con sus compañeros de resistencia. Si bien ella planea huir de su historia, eso no será posible en estas aguas: el Rey necesita un público que lo aplauda, por eso indemnizará a los Hijos (de desaparecidos), que quedarán exhibidos como en un *reality*. En este contexto, las trazas genéticas del padre de las hermanas son halladas en el río mediante un sistema innovador que permite obtener información biológica de la memoria y de las ramificaciones familiares. Aunque ellas no lo saben, son Hijas de un desaparecido y deberán responder por ello.

Mientras tanto, Juana, embarazada, se encuentra en el continente trabajando en una *network* e indaga más allá de la web profunda, cruza límites peligrosos, se diluye a través de la pantalla, a donde deambulan migrantes que ya no son tratados como personas. Distantes y desorientadas, Andrea, en los ríos del Delta, y Juana, en Internet, navegan aguas turbias en busca de su identidad.

De la descorporificación a la completud con el otro

En su ensayo “La economía del deseo en el espacio virtual: hablando sobre religión por Internet”, Rita Segato analiza las consecuencias de la ausencia de cuerpo en las relaciones virtuales en red: “(...) una vez que se asume como posible prescindir de la materialidad del cuerpo, el sujeto se arriesga a quedar atrapado en su fantasía, a volverse incapaz de relacionarse, prisionero de una ficción de completud” (171). Esta descorporificación en un campo tecnológicamente controlado deviene inevitablemente en una sociabilidad singular. En sintonía, podría sugerirse que el cuerpo ausente de Juana es una metáfora de este tipo de sociabilidad. La completud de estos seres, dice Segato, es un simulacro de alteridad, que no le otorga importancia a la diversidad y a la vida en relación con otro distinto y materializado. Al prescindir del cuerpo, de la historia y del origen, el sujeto anula sus faltas y anula al otro.

Resulta pertinente también destacar que Andrea no podía tener hijos con su marido. En el caso de Juana, su beba nace, pero ella no logra ponerle nombre. Tampoco puede poner el cuerpo, cuidarla y amamantarla. Ante la ausencia de una mirada afectiva, y como consecuencia de una maternidad descorporizada, su hija no sobrevive.

Por su lado, Andrea se convence: “(...) no soy hija, pero no porque no haya padre sino porque ¡no hay hija!” (22). Más tarde, en su afán de encontrarse, se pregunta sobre la muerte y el destino del cuerpo de su padre arrastrado por la corriente. Por fin comprende que se disolvió en el agua, en aquellas aguas marrones en las que ella comienza a encontrar su identidad. Sin embargo, la hermandad no sana y el dolor se agudiza tanto como la distancia. En este mundo distópico, maltratador y abusivo, donde los cuerpos no son tratados como cuerpos, donde no hay tejido mayor que contenga, donde la memoria es abordada de forma superficial y corrupta, los vínculos están rotos.

Retomando el análisis de Segato, ahora en su ensayo “Los principios de la violencia”, la antropóloga se refiere a dos ejes en tensión y mutua alimentación: el horizontal o el de los iguales (aliados o competidores) y el vertical, de los desiguales (dominadores y dominados). Se trata de dos economías simbólicas articuladas en un único sistema inestable donde todo se adquiere por conquista y consecuentemente exige ser reconquistado diariamente. En esta lógica, el sistema siempre está al borde del colapso y allí no existe una vía de escape. Sin embargo, Segato propone una alternativa para desmontar la escalada de la violencia societaria que consiste en reencaminar las políticas de pacificación hacia la esfera de la intimidad. En este sentido, podría decirse que su perspectiva se emparenta con la ideología subyacente en la ficción de Aboaf.

El recorrido de la obra presente en este análisis permite postular que antes de arribar a un nuevo modelo de interacción, las mujeres de la novela deben atravesar la célula violenta, las relaciones de esta economía simbólica y romper con esta lógica cíclicamente al punto de desmoronarse, para lograr, desde el núcleo íntimo, una reforma profunda de la afectividad. Ilustrativo del primer eje resulta el vínculo de Juana y Andrea, anclado en esta idea errónea que tiene cada una sobre la otra, en este convencimiento que las hace competir al creer que la otra lleva una vida mejor. Mientras compiten, el escenario las arrasa. Cuando se vuelven aliadas, con un chispazo utópico, termina la obra. La representación del eje vertical aparece en toda la trilogía: en un Estado que tiene la potestad de hacer desaparecer personas, en la violación de Juana, en la explotación desmedida de recursos en el *Rey del agua*, en este gobernante que actúa tanto como el dueño de la hidrografía, como de la identidad y de la memoria ciudadana, y en el orden capitalista extremo de Nueva Ensenada en *El ojo y la flor* (llamativamente, en todos estos casos, quienes detentan el poder son varones). En este sentido, como una propuesta alternativa, al reconocer en la ficción la articulación inestable y beligerante de ambos ejes, también podremos acceder a la lógica del escenario fragmentado y distópico.

Claire Mercier investiga la narrativa distópica latinoamericana, específicamente la chilena y la argentina, en relación con una perspectiva anti-darwinista de la civilización humana. Sobre el corpus que analiza –*El asombro* (2013) de Juan Mihovilovich, *Los restos* (2014) de Betina Keizman y *Acerca de Suárez* (2016) de Francisco Ovando–, señala que:

(...) se construye un espacio distópico cuyo origen reside en una catástrofe de tipo ambiental, la cual tiene como consecuencia el retroceso de los personajes a un estado primitivo. Sin embargo, el aspecto distópico de las obras revela finalmente la presencia de una esperanza utópica mediante la prefiguración de una sociedad humana que vuelve a unirse con su ecosistema: ecotopía. (235)

En la tercera novela, *El ojo y la flor*, se revelan las consecuencias ambientales en un Tigre que fue explotado para depurar su tesoro líquido (el agua) y exportarlo a países donde escaseaba. En *El rey del agua*, retomando los términos de Mercier, las mujeres han experimentado un retroceso que se refleja en la distancia máxima entre ellas, también en el dolor, en el vacío y en la ausencia de materialización. Desde una perspectiva negativa, el vínculo toca fondo y se primitiviza al acentuarse el sentido de competencia entre las hermanas. Sin embargo, es desde allí, desde las profundidades opacas de este ecosistema alterado, que las mujeres buscarán la superficie y redescubrirán sus cuerpos simbólicamente extraviados.

Respecto de la perspectiva anti-darwinista que señala Mercier en su corpus, Aboaf la manifiesta tanto en el proceso interno de los personajes, como en el escenario social en el que se emplazan. Desde una perspectiva positiva, la “involución” o “retroceso” se asocia, además, a una vuelta al origen para recomenzar y, a su vez, a una propuesta de completud que descarta la competencia y da lugar a la cooperación. Sin embargo, antes de que el destello utópico aparezca, el mundo de *El ojo y la flor* se presenta quebrantado: en Nueva Ensenada nada es sencillo para los “pies de barro”, como llaman a los nuevos migrantes provenientes de la Zona Norte que, antes ricos, ahora son los últimos en la escala social. El capitalismo salvaje arrasa: predominan la lucha, los privilegios para unos pocos, la supervivencia del más apto, el individualismo, la depredación y las “razas preferidas”. En oposición al orden urbano, aparece una naturaleza reveladora de la muerte, la basura y el desastre; pero que, al mismo tiempo, reclama la necesidad de regresar a lo primitivo, a su orden original, en cuanto a su belleza y constitución cooperativa.

En sintonía con el terreno que atraviesa, Andrea escucha el llamado: rompe el molde y se sumerge en el barro burbujeante para dejar atrás un Tigre decadente. Ante la suspensión de los dragados, aquel municipio esplendoroso queda en carne viva, exhibe el limo y la arcilla, los perros isleños son libres ante el éxodo masivo de los pobladores. Andrea deja atrás la patria, más que nunca: patria de “pater”, de “país del padre”. Abandona, finalmente, la casa-refugio en el Delta y la “lancha-padre” porque los sedimentos se acumulan, los recuerdos la varan y la naturaleza no le da opción: debe desnudarse y avanzar sobre el barro, sobre la “masa viva”, rumbo a lo desconocido. Solamente ahora que se unta en este escenario infernal y migra de norte a sur, logra reconocerse en este caldo de cultivo y se dirige a un encuentro verdadero con su hermana: Juana peligra en una tabla darwinista que la equipara con una mascota. Su cuerpo, que fue abusado tantas veces, se refleja en este mundo explotado y maltratado. Y ambos, su cuerpo y el mundo en interconexión, todavía, sobreviven.

Sin embargo, en aquel extravío que la llevó por los circuitos más recónditos de su cuerpo y su pensamiento, tal como la naturaleza llega a su límite y se abre paso, Juana empieza a retornar lentamente. Ese tejido que no es posible afuera, sí lo es en su interior cuando conversa con mujeres antiguas y contemporáneas que la estimulan. La imagen recurrente de esta red heterogénea que la acompaña, o la exhorta, en diversos momentos de la novela, funciona como una metáfora de un fenómeno social creciente en la Argentina actual. Se trata de los colectivos

feministas que reúnen a mujeres de diversas ideologías, generaciones y estratos sociales, que crean lazos de compañerismo, y al descartar la competencia, se movilizan para defender y reivindicar derechos, principios y valores sociales. En el prólogo de *Activismos feministas jóvenes* (2019), Nora Garita introduce que el eje común entre los diversos feminismos es el cuerpo. Este, situado en un mundo desigual, funciona como punto de partida de la reflexión y la acción, y así deviene en un “cuerpo territorio”. Hacia el final de *El ojo y la flor*, se observa una inversión del espejo: ahora son ellas, como un “cuerpo territorio”, las que arrojan luz, las que cambian una trama social fragmentada por progenitores y gobernantes. Este camino alternativo de retorno, que implicó romperse y reconstruirse a su manera, tendrá una repercusión externa: en esta jaula donde vale todo y todos pierden, algunos empezarán a entender que existe un juego y una fórmula distintos. En sintonía, el vínculo comienza a sanar y ellas podrán al menos vislumbrarse. Ante la hostilidad y el dolor que acuchilla, las mujeres descubren el cuerpo que son, llegan a destino y comparten un mismo jardín: en oposición al suelo pútrido y a la fosa de pichones muertos de la primera novela, en la tercera aparece el encuentro entre las flores y los insectos como una metáfora biológica que alude a lo que la autora llama simbiosis, cooperación o inteligencia compartida. Asimismo, el cambio de perspectiva, traspasa la intimidad: mientras las hermanas están juntas y cubiertas de sol, las contemplan “(...) también los ojos de los utilitarios que suspenden sus movimientos maquínicos y desvían la revisión de las mercancías. El viento cargado de marismas se arremolina abrazado al viento húmedo del norte. Todo el cielo de Nueva Ensenada respira sobre ellas” (249-250). De lo intrafamiliar, a la sociedad, al ecosistema.

En un contexto de relaciones socioculturales en crisis, el sentido transformador de Aboaf de los viejos paradigmas se observa a través de esta nueva propuesta de singularidad, de corporalidad: en este sentido, las mujeres se liberan del cuerpo particular e impuesto para poder recorporizarse al recordar su constitución cooperativa y romper el ciclo de competición, para luego emanciparse a través de las relaciones, la diversidad y los afectos. Las tradiciones fundantes cultivan el conflicto de origen que madura en un escenario distópico, oportuno tanto para criticar las bases que sustentan la sociedad, como para cuestionarlas, desprenderse de ellas, romper el cascarón y volver a la naturaleza original. La imposibilidad de trascender las diferencias y reencontrarse con ese uno mismo corporizado y con el otro distinto atraviesan la trilogía; pero al mismo tiempo, devienen en una verdadera interacción donde el contraste no impide el encuentro, sino que abre camino para descubrir matices superadores.

Obras citadas

Aboaf, Claudia. *Pichonas*. Notanpüan, 2014.

_____. *El Rey del Agua*. Alfagura, 2016.

_____. *El Ojo y la Flor*. Alfaguara, 2019.

Convertini, Horacio. “Distopías en el presente”. *Revista Ñ*. 4 de abril 2018, https://www.clarin.com/revista-enie/literatura/distopias-presente_0_rJvqj9zjf.htmlJelin

Jelin, Elizabeth. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica, 2016.

Larrondo, Marina y Camila Ponce Lara. *Activismos feministas jóvenes. Emergencias, actrices y luchas en América Latina*. Clacso, 2019.

Mercier, Claire. “Distopías latinoamericanas de la evolución: hacia una ecotopía”. *Logos. Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, vol. 28, n.º 2, 2018, pp. 233-247. Logos, <https://revistas.userena.cl/index.php/logos/article/view/1037/1174>

Oeyen, Annelies. “Ciudades posapocalípticas en la literatura prospectiva de la Argentina posdictatorial”. *Ángulo Recto: Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural*,

vol. 3, n.º 2, 2011, pp. 225-245. UCM,
<http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen03-2/varia07.htm>.

Pérez Gras, María Laura. “Novelas anticipatorias del siglo XXI: una aproximación a un género que crece en la argentina en crisis”. *Revista de literaturas modernas*, vol. 47, n.º 2, 2017, pp. 87-107.

Segato, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo Libros, 2010.